

*El Quintiliano cordobés de Juan de Mena: Edad Media, Humanismo e invención del pasado en el siglo XV castellano**

Jorge FERNÁNDEZ LÓPEZ
Universidad de La Rioja

RESUMEN

Una de las características definitorias del humanismo es su nuevo acercamiento a la literatura antigua y su actitud hacia ella. En el ámbito castellano esa recuperación se mezcla a menudo con un patriotismo cultural exaltado, hasta el punto de intentar contraponer una antigüedad «hispana» a la antigüedad «romana» o «italiana». Un episodio de esa batalla por el prestigio cultural lo constituyen varios pasajes de Juan de Mena (1411-1456), entre los que merece la pena destacarse una de sus glosas a la *Coronación del Marqués de Santillana* (1438) en la que hace a Quintiliano original de Córdoba. En este artículo se sitúa dicho pasaje en el cuadro más amplio de los debates culturales de su tiempo y se propone una explicación del alcance y el significado de las afirmaciones de Mena, que mostrarían tanto el esfuerzo de Mena por adoptar las nuevas actitudes del humanismo como una comprensión limitada de su sentido más profundo.

Palabras-clave: Juan de Mena. Quintiliano. Humanismo castellano.

ABSTRACT

One of the defining features of Renaissance Humanism is its new approach to ancient literature, as well as its attitude towards it. In the same way as in other

* Este artículo ha sido realizado gracias al Plan de Investigación «Fuentes para el estudio de la filología en La Rioja: I. Fuentes Hispano-Latinas. La *Institutio oratoria* de Quintiliano» (Comunidad Autónoma de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, B.O.R. nº 63, 19 de mayo de 1994).

European countries, the recovery of antiquity in fifteenth-century Castile is often mixed with exalted manifestations of cultural patriotism, to the extreme that one can find allusions to a contraposition between a «Hispanic» or «Castilian» antiquity and a «Roman» or «Italian» one. Several passages by Juan de Mena (1411-1456) are part of such a battle for cultural prestige, and particularly among them one gloss to his *Coronación del Marqués de Santillana* (1438), where Mena affirms that Quintilian was born in Córdoba, Mena's own birthplace. This article places such a text within the wider frame of the cultural debates of its time and proposes an explanation on the meaning of Mena's affirmations, which would show both an effort to adopt the new humanist attitudes and an imperfect grasp of their deeper meaning.

Keywords: Juan de Mena, Quintilian, Castilian humanism.

1. Castilla en el siglo XV y el humanismo

La cuestión de hasta qué punto una serie más o menos amplia de manifestaciones culturales del siglo XV castellano está relacionada con el humanismo nacido en Italia ha recibido considerable atención por parte de un buen número de estudiosos¹. Son conocidas desde hace ya tiempo dos posturas que

¹ Especialmente valioso a este respecto es el estudio de A. Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid 1994 (cf. también la amplia y elogiosa reseña de Luis Gil a este trabajo en *Romance Philology*, 51 (1998) 522-532). Una excelente síntesis de los problemas generales de la cuestión puede encontrarse en N. G. Round, «Fifteenth-Century Cultural Change», en *Id.*, *Libro llamado Fedrón. Plato's Phaedo translated by Pedro Diaz de Toledo*, London 1993, 62-76. Cf. también, entre otros y además de los estudios citados posteriormente a lo largo de este trabajo, D. Ynduráin, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid 1994, especialmente «La literatura castellana del siglo XV» (389-396) y «El Renacimiento español» (494-497); L. Gil Fernández, «El precedente medieval castellano», en *Id.*, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid 1995 (2ª ed.), 27-47; N. G. Round, «Renaissance Culture and its Oponents in Fifteenth-Century Castile», *Modern Language Review* 57 (1962) 204-215; P. E. Russell, «Las armas contra las letras: para una definición del humanismo español del siglo XV», en *Id.*, *Temas de «La Celestina» y otros estudios del «Cid» al «Quijote»*, Barcelona 1978, 209-239.; J. N. H. Lawrance, «On Fifteenth-Century Spanish Vernacular Humanism», en I. Michael - R. Cardwell (eds.), *Medieval and Renaissance Studies in Honour of R. B. Tate*, Oxford 1986, 63-79; J. N. H. Lawrance, «Humanism in the Iberian Peninsula», en A. Goodman - A. Mackay (eds.), *The Impact of Humanism in Western Europe*, London - New York 1989, 220-258; F. Rico, «Temas y problemas del Renacimiento español», en *Id.* (ed.), *Historia y crítica de la literatura española*, Barcelona 1980, II, 1-27 (especialmente 1-2 y 13-15); K. Kohut, «El

a la hora de interpretar en conjunto dichas manifestaciones ponen su énfasis en los elementos más opuestos: así, Ottavio Di Camillo encabeza su estudio con el programático título de «El humanismo castellano del siglo XV»² y quiere ver en la corte de Juan II un fermento cultural capaz y deseoso de incorporar los cambios venidos de Italia, mientras que, por el contrario, Luis Gil declara sin reservas el carácter escasamente «humanista» del mismo periodo, «cuyo panorama, pese a algunas figuras aisladas —Alonso de Cartagena, Fernán Pérez de Guzmán, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Juan de Lucena—, dista, por su mentalidad y actitud frente a la Antigüedad clásica, de ser el pórtico del Renacimiento español según se venía creyendo desde Menéndez Pelayo.»³

Entre una postura y otra, no faltan los estudios que, más centrados en figuras y aspectos concretos⁴, aprecian un creciente y renovado interés por la antigüedad clásica y por el humanismo de origen italiano en determinados círculos culturales, y así hay quien prefiere hablar de «prerrenacimiento»⁵ o

humanismo castellano del siglo XV: replanteamiento de la problemática», en G. Bellini (ed.), *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Venecia 1980)*, Roma 1982, 639-647; J. N. H. Lawrance, «Nuño de Guzmán and Early Spanish Humanism: Some Reconsiderations», *Medium Aevum* 51 (1982) 55-85.

² O. Di Camillo, *El humanismo castellano del siglo XV*, Valencia 1976; cf. también O. Di Camillo, «Humanism in Spain», en A. Rabil Jr. (ed.), *Renaissance Humanism: Foundations, Forms and Legacy*, Philadelphia 1988, II, 55-108.

³ L. Gil Fernández, *op. cit.*, 45.

⁴ En el ámbito de la recuperación y edición de textos, cf. Alonso Fernández de Madrigal (El Tostado), *Sobre los dioses de los gentiles*, ed. de P. Saquero Suárez-Somonte y T. González Rolán, Madrid 1995; T. González Rolán y P. Saquero Suárez-Somonte, «Actitudes renacentistas en Castilla durante el siglo XV: la correspondencia entre Alfonso de Cartagena y Pier Cándido Decembrio», *Cuadernos de Filología Clásica-Estudios Latinos*, n. s. 3 (1991) 195-232; G. Serés, *La traducción en Italia y España durante el siglo XV. La «Iliada en romance» y su contexto cultural*, Salamanca 1997; J. N. H. Lawrance, *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*, Salamanca 1989. Sobre el riquísimo campo de la traducción en este periodo, cf. a título ilustrativo la bibliografía consignada en V. Campo, «Una traducción castellana cuatrocentista de la *Oratio in hypocritas* de Leonardo Bruni», *Revista de Literatura Medieval* 10 (1998) 10 n. 2. Amplias bibliografías, centradas principal aunque no exclusivamente sobre este periodo y sus problemas, en G. Serés, *op. cit.*, 275-301 y, N. G. Round, *Libro llamado Fedrón*, *op. cit.*, 356-374.

⁵ J. A. Maravall, «El Pre-Renacimiento del siglo XV», en V. García de la Concha (ed.), *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España: Actas de la III Academia Literaria Renacentista*, Salamanca 1982, 17-36; M.^a R. Lida de Malkiel, *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, México 1950.

de «proto-humanismo»⁶, o quien admitiendo la expresión «humanismo español del siglo XV», ve la necesidad de diferenciarlo del italiano calificándolo como un humanismo no clásico, sino «más bien un humanismo clasicizante»⁷. Sin embargo, aun quienes reconocen el valor de figuras aisladas, no pueden dejar de emitir un juicio negativo respecto al impacto del humanismo italiano en la Castilla del XV, ya sea en su conjunto⁸ o refiriéndose a ámbitos más concretos como la historiografía⁹.

A pesar de todo ello, el paso de los años y el considerable auge de los estudios sobre este periodo y su cultura nos han proporcionado una imagen más rica y compleja del Renacimiento italiano: una imagen menos burckhardtiana, por así decir, en la que no todo son Vallas y Brunís, en la que la escolástica y la herencia medieval conviven con los nuevos aires si no en armonía, sí en términos mucho más pacíficos que los tradicionalmente dibujados. Así, como señala por ejemplo Nicholas Round, hay en la Italia del Quattrocento «paralelos (...) para la mayoría de los elementos en la imagen de Castilla que en principio parecerían definirla como claramente no-humanística.»¹⁰ Por otro lado, y según apuntábamos, conocemos con mucho más detalle la actividad cultural del siglo XV castellano gracias a los estudios citados y a otros muchos, lo que también nos permite percibir más justamente lo variado de sus manifestaciones. Creemos por tanto que la conciencia sobre la complejidad de ambas situaciones culturales, la italiana y la castellana, relevan en gran medida a la crítica de la necesidad de aplicar a un periodo y su cultura los simplificadores calificativos de «humanista», «renacentista» o «medieval», y que es preferible contribuir al perfilamiento de esa compleja imagen con la adición de más trazos, intentando situar cada caso concreto dentro del contexto más amplio e ilustrativo posible.

Por ello, en las páginas siguientes nuestro interés se centrará en un episodio de esa nueva mirada interesada a un pasado que en ciertas instancias

⁶ J. N. H. Lawrance, *Un episodio...*, *op. cit.*; N. G. Round, «Fifteenth-Century...», *op. cit.*, 63 cita también las expresiones «atmósfera prehumanista» de Di Camillo, «incipiente humanismo» de E. Gascón Vera y «humanismo vernáculo» de J. N. H. Lawrance.

⁷ P. E. Russell, *op. cit.*, 229.

⁸ P. E. Russell, *op. cit.*, 235, habla de «la errónea suposición de que España llegara a absorber las doctrinas del humanismo italiano en el siglo XV».

⁹ R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid 1970, 123, es igualmente tajante: «el impacto del humanismo italiano en los historiadores castellanos hasta la época de Enrique IV es, sin exageración, exiguo.»

¹⁰ N. G. Round, «Fifteenth-Century...», *op. cit.*, 63.

intelectuales del XV castellano se concibe como especialmente propio: el protagonizado por el rétor originario de Calagurris (Calahorra) Marco Fabio Quintiliano (c. 35-c. 100 d. C.), al que, como veremos, tan propio se le quiere hacer que el cordobés Juan de Mena llega a convertirlo en antiquísimo paisano suyo. Antes de entrar en el ámbito castellano, prestemos sin embargo algo de atención a lo fundamental sobre este autor y su *Institutio* durante los siglos medievales.

2. Quintiliano en la Edad Media

Con ese amor hacia su objeto en el que a menudo caen —caemos— los estudiosos de un tema, Jean Cousin abre su monografía sobre la tradición manuscrita de Quintiliano¹¹ aludiendo con entusiasmo apenas contenido a una pervivencia constante, pero difusa, de la doctrina de la *Institutio* en los siglos inmediatamente posteriores¹². A pesar, sin embargo, de esa presencia «subterránea» que defiende Cousin, lo cierto es que la obra de Quintiliano fue muy poco leída a lo largo de la Edad Media y ya en la misma antigüedad tardía no encontramos más que alusiones esporádicas y citas casi siempre indirectas¹³. Hemos de suponer además, como ya dejó definitivamente establecido Lehmann¹⁴, que entre finales del siglo VI y principios del IX se produjo una mutilación¹⁵ en la transmisión de la obra que

¹¹ J. Cousin, *Recherches sur Quintilien*, Paris 1975.

¹² Para este especialista francés, dado que en la antigüedad tardía no había género literario ajeno a la influencia de la retórica, se puede escuchar ininterrumpidamente «un écho des enseignements de notre auteur, mêlés et unis à ceux de Cicéron et d'autres intermédiaires: ne parlons donc ni d'oubli, ni d'effacement, car il s'agit d'un courant de pensée et d'art, qui, tout en restant, en une certaine mesure, souterrain, a fertilisé constamment la littérature ultérieure.» (J. Cousin, *op. cit.*, 1.)

¹³ Cf. F. H. Colson (ed.), *M. Fabii Quintiliani Institutionis oratoriae liber I*, Cambridge 1924, XLIV-LIV.

¹⁴ P. Lehmann, «Die *Institutio oratoria* des Quintilians im Mittelalter», *Philologus* 89 (1934) 355. Recapitulación actualizada y centrada en los aspectos más propiamente de transmisión textual en el conciso capítulo de M. Winterbottom, «Quintilian. *Institutio oratoria*», en L. D. Reynolds (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford 1983, 332-334. Sobre las complejas relaciones entre los códices *recentiores* de la *Institutio*, cf. M. Winterbottom, «Fifteenth-century manuscripts of Quintilian», *Classical Quarterly* 17 (1967) 339-369.

¹⁵ La mayoría de los códices antiguos que conservamos comienzan, sin la carta dedicatoria a Trifón ni el proemio del libro primero, directamente en 1, 1, 6; carecen del final del

afectó a la práctica totalidad de los manuscritos que circularon desde entonces hasta principios del siglo XV, momento en el que Poggio Bracciolini descubrió un ejemplar *integer* de la obra de Quintiliano¹⁶ y dio satisfacción en el seno del humanismo italiano a un interés por la *Institutio* que arrancaba, como tantas otras cosas, de Petrarca¹⁷, y que se extiende a todo lo largo del siglo XIV¹⁸.

3. Juan de Mena

Pues bien, poco de todo ello¹⁹, del nuevo Quintiliano y del ya secular interés hacia el texto de la *Institutio*, había llegado todavía a Castilla cuando

libro quinto y de los libros 6 y 7 en su totalidad; del libro 8 sólo tienen los capítulos entre 8, 3, 64 y 8, 6, 17 y de 8, 6, 67 al final (lo que representa menos de la mitad del total del libro); del libro 9 sólo el primer tercio (hasta 9, 3, 2); el libro 10 sólo a partir de 1, 107 (le falta algo más del primer tercio); hay además una laguna en el libro 11 entre 1, 71 y 2, 33 y la obra acaba en 12, 10, 43 (cuando aún queda un cuarto del último libro).

¹⁶ Cf. R. Sabbadini, *Storia e critica di testi latini*, Hildesheim-New York 1974 (=1ª Catania 1914) 383-396; F. Murru, «Poggio Bracciolini e la riscoperta dell'Institutio Oratoria di Quintiliano (1416)», *Critica Storica* 20 (1983) 621-626; L. D. Reynolds - N. Wilson, *Copistas y Filólogos*, Madrid 1986, 179; J. Cousin, *op. cit.*, 50-70. Para una asumible reinterpretación del hallazgo de Poggio, que le confiere más valor simbólico que real y que resta importancia a la mutilación de la *Institutio*, cf. J. O. Ward, «Quintilian and the Rhetorical Revolution of the Middle Ages», *Rhetorica* 13 (1995) 231-284, y más reciente, M. C. Woods, «Quintilian and medieval Teaching», en T. Albaladejo - E. Del Río - J. A. Caballero (eds.), *Quintiliano. Historia y actualidad de la retórica*, Logroño 1998, III, 1531-1540.

¹⁷ Cf. P. de Nolhac, *Petrarque et l'humanisme*, Paris 1907, 86-94; M. Accame Lanzilotta, «Le postille del Petrarca a Quintiliano (Cod. Parigino lat. 7720)», *Quaderni petrarcheschi* 5 (1989).

¹⁸ Cf. F. Meister, «Die Epitome Quintilians von Francesco Patrizzi», *Berliner philologische Wochenschrift* 26 (1906) 861-864, 892-895, 925-928 y 1020-1023; P. Warren Sutherland, *Quintilian in the medieval florilegia*, Chapel Hill 1950; P. S. Boskoff, «Quintilian in the late Middle Ages», *Speculum* 27 (1952) 71-78; C. C. Coulter, «Boccaccio's knowledge of Quintilian», *Speculum* 33 (1958) 490-496; C. J. Classen, «Quintilian and the revival of learning in Italy», *Humanistica Lovaniensia* 43 (1994) 77-99.

¹⁹ Tan sólo seis manuscritos de Quintiliano, dejando aparte *excerpta*, se conservan en bibliotecas españolas (Escorial e.III.5 y R.I.13; Universidad de Valencia 292 y 692; Universidad de Salamanca 79 y Cabildo de Toledo 100-8), y como indica Charles Faulhaber en su estudio dedicado al ámbito castellano («Retóricas clásicas y medievales en bibliotecas castellanas», *Abaco* 4 (1972), 151-300), la mayoría de ellos fueron copiados en *scriptoria* franceses o italianos y adquiridos en el siglo XVI (*op. cit.*, 261-264). Cf. también L. Rubio, *Catálogo de*

Juan de Mena escribe su *Laberinto de fortuna* hacia 1444. Al menos el nombre del rétor hispano, sin embargo, hace acto de presencia en los dos últimos versos de una de las coplas del poema de Mena en compañía de otros ilustres rétores y oradores de la antigüedad²⁰:

Vi a Demóstenes e a Gabiano
e vi más a Tulio con su rica lengua,
Casio Severo, sofriendo grand mengua,
dado en exilio del pueblo romano;
mostróse Domicio, rector africano,
e vimos a Pluçio con Apollodoro,
e vimos la lumbré del claro thesoro
del nuestro rectórico Quintiliano.²¹

Esta serie de oradores constituye el tercer grupo de sabios, tras teólogos y filósofos, que Mena presenta en su visión de la «cuarta orden, de Febo», en la que se incluye, como bien sintetiza C. de Nigris en su edición del poema, a «los que se han dedicado a la especulación y, en amplio sentido, al saber.»²² La nómina concreta de personajes procede, como ya Lida de Malkiel señaló en su día, del *Cronicón* de Eusebio-Jerónimo²³, y el hecho de que los oradores sólo sean precedidos por teólogos y filósofos, y de que sean considerados antes que músicos y poetas no puede ser del todo arbitrario: probablemente es un indicio de una nueva, aunque vaga, sensibilidad hacia la retórica en el

los manuscritos clásicos latinos existentes en España, Madrid 1984, núms. 65 y 240 (Escorial e.III.5 y R.I.13), 530 (Salamanca 79), 630 (Toledo 100-8), 696 y 697 (Valencia 692 y 292). P. Lehmann (*op. cit.*, 351) plantea incluso la posibilidad de que Quintiliano ya no fuera más que un nombre para Isidoro de Sevilla. Excepción tardía a este panorama peninsular, y fruto del contacto en el siglo XV entre Aragón y Nápoles son, por el contrario, los dos manuscritos conservados en la biblioteca de la Universidad de Valencia, datables en el último tercio de dicho siglo.

²⁰ Citamos este poema y sus glosas por la edición de M. A. Pérez Priego: Juan de Mena, *Obras completas*, Barcelona 1989.

²¹ *Laberinto*, copla 119 (*ed. cit.*, 246). Obsérvese que las *lectiones* «rector» y «rectórico» apuntan ya a una escasa familiaridad con ciertos aspectos del mundo antiguo que ya subrayó M.^a R. Lida de Malkiel, *op. cit.*, 55-56.

²² Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna y otros poemas*, Barcelona 1994, 113 n. 116.

²³ *Op. cit.*, 56-57. Para más detalles, *cf.* también C. de Nigris, «Notas complementarias», *ed. cit.*, 276-277. Sobre el recurso de Juan de Mena a este texto como fuente de datos para otros escritos suyos, *cf.* T. González Rolán - M.^a Felisa del Barrio, «Juan de Mena y su versión de la *Iliás Latina*», *Cuadernos de Filología Clásica* 19 (1985) 47-84, en especial 78-80.

mundo cultural de la época, que tiene su origen en el humanismo italiano y sobre la que volveremos más adelante²⁴.

La enumeración de personajes ilustres correspondientes a dicha «cuarta orden, de Febo» prosigue durante unas cuantas coplas más, y llega un momento en el que el poeta pide disculpas a su ciudad natal por no cantar sus glorias²⁵ y por pasar por alto los hijos ilustres de Córdoba:

¡O flor de saber e de cavallería,
Córdova madre, tu fijo perdona
si en los cantares que agora pregona
non divulgare tu sabiduría!
De sabios valientes loarte podría
que fueron espejo muy maravilloso;
por ser de ti mesma, seré sospechoso,
dirán que los pinto mejor que devía.²⁶

Esta *praeteritio* de los cordobeses ilustres por su sabiduría tiene un claro reflejo en otros versos de Mena, pertenecientes a su otro poema alegórico: la *Coronación del Marqués de Santillana* o *Calamicleos*. En efecto, en la descripción de los diferentes personajes que el poeta va encontrándose en su trayecto por el otro mundo, también acaba llegando el turno al ámbito de las letras y de la sabiduría. Como fácilmente puede entenderse, el primero que aparece en la enumeración es el rey Salomón (copla 36) y tras él, su padre David. Y es que, como bien anota el Brocense, Mena «pone primero los sagrados poetas»²⁷. Inmediatamente después pasa Mena, sin embargo, a los paganos, y comienza la nómina con el canónico paradigma greco-latino de Homero y Virgilio²⁸, al que esta vez se le ha añadido el nombre del cordobés Lucano:

²⁴ Cf. D. C. Clarke, *Juan de Mena's Laberinto de Fortuna: classic epic and mester de clerecía*, University of Mississippi 1973, 111-112, donde precisamente a cuenta de la mención de Quintiliano, se resalta brevemente la importancia de la oratoria en este poema de Mena.

²⁵ Para otros ejemplos de *laudes urbis*, cf. A. Gómez Moreno, *op. cit.*, 282-295.

²⁶ *Laberinto*, copla 124 (*ed. cit.*, 248).

²⁷ Juan de Mena, *Obra Completa*, Madrid 1994. Ed. de A. Gómez Moreno y T. Jiménez Calvente, que entre sus muchos méritos tiene el de incorporar el texto de las anotaciones de Francisco Sánchez de las Brozas a la obra de Mena, impresas por vez primera en 1582.

²⁸ Cf. *Laberinto*, copla 123 (*ed. cit.*, 247-248), en la que el tercero es Ennio y no Lucano: «Vimos a Omero tener en las manos / la dulce Iliada con el Odisía; / el alto Virgilio vi que lo seguía / Eneo, con otro montón de romanos: / trágicos, líricos, elegíanos, / cómicos, sátiros, e con eroístas, / e los escritores de tantas conquistas / quantas nascieron entre los umanos.»

Vi a Omero e Lucano
 en aquellos entremeses,
 con Virgilio mantuano,
 Séneca vandaliano
 y otros sabios cordoveses;
 puesto que digan de mí,
 porque en Córdoba nascí,
 que en loor suplo sus lenguas,
 callen, callen malas lenguas,
 pues se sabe ser así.²⁹

Como puede verse, la mención de Lucano da pie de manera casi natural a la de su tío paterno, y la presencia de dos cordobeses en cuatro versos tiene como lógica consecuencia la alusión a «otros sabios cordoveses» cuya existencia en número indeterminado se derivaría de lo anterior. Pues bien, después de acabar su *Calamicleos*, y antes de emprender la composición del *Laberinto de Fortuna*, el propio Mena añadió una serie de nutridas glosas a la *Coronación del Marqués de Santillana* en las que explica los pasajes oscuros, hace gala de erudición y aprovecha a menudo para incluir digresiones de variado tipo³⁰. Así, en la glosa al quinto de los versos de la copla anterior, y ante la posibilidad de que un lector malintencionado pudiera pensar que no hay tales sabios cordobeses, Mena se esfuerza por elaborar una lista tan ilustre como persuasiva, en la que se incluyen, como puede verse, a Avicena y Averroes, pero también, para pasmo del lector moderno, a Aristóteles³¹. Y es aquí donde, en las obras de Mena, volvemos a encontrar a

²⁹ *Coronación*, copla 37 (ed. cit., 188).

³⁰ Hay quien ha querido ver precisamente en los pasajes de estas glosas que más se alejan del texto que comentan uno de los primeros pasos de la prosa literaria castellana, aduciendo como argumento que en un buen número de casos Mena narra por el simple hecho de recrearse en la narración, a pesar de lo que ello pueda suponer de desviarse del tema tratado (cf. M.^a A. Corral Checa, *La coronación de Juan de Mena*, Córdoba 1994, 23-24, que resume las páginas mucho más detalladas de R. M.^a Lida de Malkiel, *op. cit.*, 127-156; pionero en la apreciación de los valores de la prosa de Mena fue J. M. Blecua, que en su edición del *Laberinto* (Madrid 1943, XVIII-XXXII) ya intentó rehabilitarla contra los «dicterios» de Menéndez Pelayo.)

³¹ Cf. F. Rico, «Aristoteles Hispanus. En torno a Gil de Zamora, Petrarca y Juan de Mena», *Italia Medioevale e Umanistica* 10 (1967) 143-164. Corregido y ampliado en F. Rico, «Aristoteles Hispanus», *Texto y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV*, Barcelona 1990, 55-94.

Quintiliano, que sufre el mismo proceso de «cordobesización» que Aristóteles. El texto en cuestión dice así:

«Y otros sabios cordobeses. nota qué comendable gloria da Córdoba a los della nascidos, do ha seído la copia de los nobles fortaleza de los fuertes, como dize Lucano: “Corduba corda dabis bellantibus arma parantibus equos vellocissimos et homines animosissimos”. Asimesmo Córdoba flor de la esmerada cavallería se muestra e castimonia de los sanctos. ¡O Córdoba, dadora de comendable eloqüencia de los grandes filósofos, istoriógrafos, poetas, doctores, que en ti ovieron nascimiento e de quien tú has seído madre! Ca de ti fue Averroiz, precipuo y eximio comendador sobre Aristóteles; de ti fue otrosí Aviçena, filósofo que sobre los filósofos todos más libros conpuso, pero, segund affirmar algunos todos los libros de Aviçena fueron ordenados por quarenta filósofos de Córdoba e atribuyeron el loor al fijo del rey llamado Aviçena, por que los libros en mayor reputación fuesen tenidos; e asimesmo Séneca e Lucano, como dixe. E pues que la fuente de la filosofía de España fue Córdoba, creer devemos que todos los filósofos o los más dellos que en España fueron, de Córdoba ovieron la nascencia o nascimiento, así que devemos aver por conclusión que pues Aristóteles salió de España, que fue en ella nascido segund Plinio testifica en el quarto de la *Natural estoria* e segund Lucas de Tuy en las sus corónicas, en el capítulo de Artaxerces dicto Asuero, qu’el dicho Aristóteles fuese de Córdoba, fuente de la filosofía, pero después pasó en Grecia do fue discípulo de Platón e maestro de Alexandre. Otrosí fue Quintiliano de Córdoba, del qual dize Eusebio en las *Corónicas* que, después que Galva fue de España enperador fue primero este Quintiliano que tovo en Roma escuela pública. Otrosí fue de Córdoba Trogo Ponpeo e Paulo Orosio, e este Trogo Ponpeo fue enperador segund se lee en *Coronicae sumorum pontificum*, donde se canta diziendo: «Imperator Pompeus Trogus cordubensis floruit tempore Antonini Pii»; él fizo escribir todas las istorias del mundo desde el tiempo de Nino rey de los asirianos fasta el monarca César, e distinguiólos por quarenta e quatro libros, la abreviación de los quales fizo Justino filósofo.»³²

³² Ed. cit., 190-191. Las palabras que Mena cita como de Lucano no se encuentran en el *Bellum ciuile* y, además, son métricamente imposibles en un poema hexamétrico. Tampoco las hemos encontrado en ninguna fuente clásica. Andando los siglos, el Brocense sería mucho más cauto cuando tuvo que elaborar su lista de «sabios cordobeses» (Juan de Mena, *Obra comple-*

La nómina de cordobeses, como bien se ve, se amplía, además de a Aristóteles y a Quintiliano, a los historiadores Orosio y Pompeyo Trogo. El primero de ellos, como es sabido, era al menos peninsular (natural de la hoy en día portuguesa Braga); Trogo, según parece, provenía de la Galia Narbonense³³.

El recuerdo de los ilustres cordobeses vuelve a aparecer, ya por tercera vez³⁴, en boca de Mena. En efecto, en el prólogo de una obra dedicada «al muy alto y muy poderoso príncipe y muy humano señor don Johan el Segundo»³⁵, se presenta a sí mismo como proveniente «no de Ethiopia con relumbrantes piedras; no de Syria con oro fulvo, ni de África con bestias monstruosas y fieras, mas de aquella vuestra cavallerosa Córdoba»³⁶. Y, como en

ta, ed. cit. de A. Gómez Moreno y T. Jiménez Calvente, 80): «Marcelo, cónsul romano, edificó a Córdoba en el Andaluzia. Fueron naturales de Córdoba: Séneca filósopho, Séneca trágico, Lucano poeta, Avicena, Averroes y, según algunos dizen, Rasis Almançor y Rabí Moysés, médico del Soldán de Egypto.» No nos resistimos sin embargo a citar a título de curiosidad las palabras de un estudioso de este siglo, que tras reproducir parte de la glosa a la *Coronación*, explica sin poder contener la concesión de cierto crédito a Mena: «... Aun tomada con buena dosis de cautela esta afirmación de nuestro poeta, es para dejar turulato al más pintado. ¿Aristóteles de Córdoba? ¡Ahí va eso! Muy fuerte es pensar que el conocido por nosotros como el Estagirita, haya nacido lejos de la gloriosa Helade. La idea de Mena parece peregrina, y además refleja tan exaltado cordobesismo, que no sabe uno qué pensar de la célebre copla 124 del *Laberinto*, y contradice el subtítulo de nuestro ensayo conmemorativo. Lo único sintomático que encontramos de toda esta opinión, es una remota luz o lejana tabla de salvación que pudiera valernos en el radical aristotelismo de Averroes, y también en el otro no tan radical de Mamónides. Estos dos eximios cordobeses, fueron cada uno en su peculiar acomodación dogmática, muy seguidores de Aristóteles, y como también fueron muy amantes de Córdoba, pudiera la Historia, en sus arcanos, reservarnos para algún día sorpresas, que no lo hubieran sido para Averroes y para Mamónides, más cercanos cronológicamente al siglo del Estagirita.» R. Fuentes Guerra, *Juan de Mena, poeta insigne y cordobés modesto*, Córdoba 1955, 128-129.

³³ Trogo es citado varias veces justamente por Orosio (*Adversus paganos* 4, 6, 1; 4, 6, 6 y 7, 27, 1). También aparece como fuente a la que recurre Rodrigo Jiménez de Rada en el libro octavo de su *Breuiarium historie catholice* (capítulos 6, 59, 71, 76 y 84), a quien muy probablemente hubo de leer Juan de Mena. No encontramos sin embargo la obra en la que Mena pudo leer la afirmación que reproduce.

³⁴ Como bien indica Rico (*op. cit.*, 83 n. 50), ya Blecua, en su introducción a su edición del *Laberinto* (Madrid 1943, VIII-IX) señala estos cuatro mismos textos (prólogo de la *Iliada*, *Laberinto*, *Coronación* y glosa a la *Coronación*) en los que Mena se entrega al elogio de su Córdoba natal.

³⁵ T. González Rolán - M.^a F. del Barrio Vega - A. López Fonseca, *Juan de Mena, La Iliada de Homero*, Madrid 1996, 100 (ll. 1-2).

³⁶ *Op. cit.*, 102 (ll. 48-50).

las otras ocasiones, la mención de Córdoba lleva inmediatamente a la enumeración de sus ilustres hijos, esta vez para compararlos ventajosamente con el propio Mena, que lleva así a cabo la profesión de modestia propia de un prólogo en el que se presenta la propia tarea:

«E como quier que de Córdoba, no con aquellos dones nin semblantes de aquellos, que los mayores y antiguos padres de aquella a los príncipes gloriosos, vuestros antecessores, y a los que agora son y aún después serán, bastaron ofrecer y presentar, como si dixésemos de Séneca el moral, de Lucano su sobrino, de Abenruyz, de Abiçena, e de otros no pocos, los quales temor de causar fastidio más que mengua de multitud me devieda los sus nombres explicar.»³⁷

La obra de cuyo prólogo forman parte estas líneas no es otra que la traducción de la *Ilias latina* que Mena realizó por encargo del ya citado monarca castellano Juan II. En dicho prólogo, al igual que en los otros textos de Mena, alternan rasgos que lo aproximan a diversos elementos de la nueva sensibilidad humanista de creciente difusión por la Europa del momento, con otras características que lo unen íntimamente a tradiciones culturales anteriores y que plantean serias dudas sobre cómo comprendía Mena el resurgir del cultivo del latín clásico y la lectura de los autores que se expresaron en dicha lengua.

Así, por ejemplo, Mena ve en Homero a una figura que a la vez que poeta es narrador de hechos fidedignos, y se siente obligado a inclinarse entre las versiones del nacimiento de Homero que parece tener a su disposición por la que hace del aedo griego un testigo casi directo de los acontecimientos que versifica:

«E por argumento de la mayor opinión de los más que el nacimiento de Omero saber procuraron, fue en tal tiempo que bien pudo ser informado de vista de los que en la troyana captividad y destrución se pudieron acaesçer.»³⁸

De manera parecida, encontramos en este mismo prólogo las habituales transposiciones a categorías culturales familiares de los elementos que pertenecen a una realidad lejana no concebida como una entidad histórica

³⁷ *Op. cit.*, 102 (ll. 50-58).

³⁸ *Op. cit.*, 105 (ll. 127-130).

separada³⁹, y así se refiere Mena a «un obispo antiguo del templo tenido por los gentiles en grand acatamiento de religión, el qual se llamava Cryses»⁴⁰.

A pesar de ello, y según decíamos, este prólogo de Mena incluye otra serie de elementos que muestran cómo la calidad de la lectura de los clásicos estaba cambiando en Europa occidental, por mucho que en Castilla fuera a ritmo más lento que en Italia y que este cambio se manifestara en casos considerablemente aislados. Prueba de ello es la preocupación que siente Mena por la distancia entre el original (Homero) y lo que él presenta como una versión no ya de segunda, sino de tercera mano, que es en lo que consistirían sus *Sumas de la Yliada*. Dice Mena:

«Así esta obra recibirá dos agravios: el uno en la traducción latina, e el más dañoso y mayor en la interpretación del romance, que pretendo y tiento de le dar.»⁴¹

Porque, además, el poeta cordobés tenía clara conciencia de que la versión más antigua y extensa sobre la leyenda troyana corresponde a Homero⁴², y no a epítomes o versiones alternativas posteriores como las de Dicitis y Dares; del mismo modo, tampoco escapa a Mena que la *Iliada* sólo narra

³⁹ Es conocida la caracterización del Renacimiento como un periodo en el que se introduce la perspectiva histórica, *cf. v. gr.* la explicación de Curtius sobre la idea medieval del «pasado» (E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, México 1955, 356 y ss.), o las afirmaciones de P. Burke en su luminosa síntesis sobre el Renacimiento (P. Burke, *El Renacimiento*, Barcelona 1993, 33).

⁴⁰ *Op. cit.*, 109 (ll. 231-233). En esta misma línea, P. E. Russell, *op. cit.*, 229, afirma que «Juan de Mena (...) no deja de ver el mundo antiguo con ojos medievales más que en raras ocasiones y transitoriamente.»

⁴¹ *Op. cit.*, 103 (ll. 79-82).

⁴² Extraña que G. Serés considere probable en su estudio sobre la *Iliada* en el XV español (*op. cit.*, 89 n. 32) que Mena «no era consciente de que la obra de Homero consta de veinticuatro cantos», cuando el cordobés afirma expresamente en este prólogo, que Serés cita a menudo, que «dispuse de no interpretar de veinte y quatro libros que son el volumen de la Yliada, salvo las sumas brevemente d'ellos» (ll. 83-84, *op. cit.*, 103). Como bien se ve, Mena era claramente consciente de que la *Ilias latina* que él romancea es mucho más breve que el original homérico, y así en efecto lo afirma a continuación: «Y más escribe Omero de las esculturas solas y varias figuras que eran en el escudo de Archyles de compendio, que ay en aqueste todo volumen.» (ll. 89-91, *op. cit.*, 103).

«los hechos que acaesçieron en las guerras de Troya en el año noveno después que fueron començadas hasta el año dezeno que se feneçieron»⁴³.

Esta actitud crítica hacia sus fuentes se manifiesta también en el escaso crédito que concede a la narración de Valerio Máximo sobre la muerte fabulosa de Homero⁴⁴ o en las dudas que plantea Mena sobre la atribución a Homero de la paternidad de otras obras aparte de la *Iliada*, la *Odisea* y la *Batracomiomaquia*⁴⁵. Por último, hay lugar también en este prólogo para una por entonces no tan tópica consideración sobre el poder inmortalizador de la literatura, formulada en unos términos sorprendentemente similares a los que usa Propercio en la primera elegía de su tercer libro:

«Y pongamos que aquestos fechos fueron así o más allende de quanto así ¿pudieran más durar de quanto naturaleza les sostuvo? Çierto no, si el claro ingenio de Omero no los desnudara de las çiegas tiniebras del olvidança, a las quales el antigua hedad tenían ofreçidos, dando a todos estos lo que por naturaleza es a todos negado, es a saber, biva y perpetua inmortalidad.»

Creemos que con estas muestras de cierto *acumen* por parte de Mena quedan claras sus aptitudes críticas, y que es así más patente la perspectiva retórica, en el sentido más persuasivo del término, desde la que hay que entender la argumentación sobre el Quintiliano cordobés.

Sea como fuere, estas reivindicaciones de la patria chica, incluyendo el expediente de aludir a la nómina de «intelectuales» nacidos en ella no es sino la expresión localizada de una tendencia más general, que ya queda

⁴³ *Op. cit.*, 108 (ll. 223-225).

⁴⁴ «(...) según escribe Valerio Maxymo en el título de los muertos no vulgares, adonde añade cómo feneçió por no saber soltar una cuestión a él puesta por unos pescadores, lo qual yo más dubdo que creo.» *Op. cit.*, 108 (ll. 207-210). Mena relata en castellano la anécdota en su comentario a la citada copla 37 de la *Coronación*, ante la mención de Homero en su primer verso. Su fuente, sin embargo, no es Valerio Máximo, ya que el pasaje correspondiente a VAL. MAX. 9, 12 (ext), 3) reza simplemente: «*Non vulgaris etiam Homeri causa fertur: qui in insula, quia quaestionem a piscatoribus propositam soluere non potuisset, dolore absumptus creditur.*»

⁴⁵ «Otras algunas obras atribuyen a él, pero dúbdate por muchas razones Omero las hiziese.» *Op. cit.*, 108 (ll. 220-222).

apuntada desde las primeras estrofas del *Laberinto*, en las que Mena deja claro que entre los fines del poema se encuentra la glorificación del pasado patrio⁴⁶.

4. Diego de Burgos y Fernán Pérez de Guzmán

Y así, el mismo terceto de hispanos antiguos⁴⁷ —Séneca, Lucano y Quintiliano— aparece, por ejemplo, en el elogio fúnebre que el secretario del Marqués de Santillana Diego de Burgos⁴⁸ dedicó a su patrón y que fue editado por primera vez a principios de siglo por Mario Schiff en su ejemplar estudio sobre la biblioteca de Íñigo López de Mendoza⁴⁹:

«Mas como el varon de alto yngenio [sc. el Marqués de Santillana] viesse por discursos de tiempos, desde Lucano e Seneca e Quintiliano e otros antiguos e sauios, rrobada e desierta su patria de tanta rriqueza, doliendose dello, trauajo con grand diligeçia por sus propios estudios e destreza e con muchas e muy claras obras compuestas del mesmo, ygualarla e compararla con la gloria de los famo-

⁴⁶ Recordemos los versos de la cuarta octava del *Laberinto*, en la que este propósito se formula de manera expresa (*ed. cit.*, 210): «Como creo que no fuessen menores / que los d'Africano los fechos del Çid, / nin que feroçes menos en la lid / entrasen los nuestros que los agenos, / las grandes façañas de nuestros señores, / la mucha constança de quien los más ama, / yaze en teniebras dormida su fama, / dañada d'olvido por falta de auctores.» Acerca de esta recurrente reivindicación de las letras «hispanas» a lo largo del siglo XV, cf. el capítulo VIII, «Autores patrios, antiguos y modernos» del ejemplar estudio de A. Gómez Moreno, *op. cit.*, 131-152.

⁴⁷ A. Gómez Moreno (*op. cit.*, 119) cita un precedente del siglo XIII: el caso de Diego Gómez de Campos y su obra *Planeta*, en la que habla de «*maiores nostri, Lucanus et Seneca, Quintilianus et Latro, Prosper et Orosius, Ysidorus et Leander*». Gómez Moreno remite a la edición de Manuel Alonso (Madrid 1943), 181. Este personaje, canciller del rey Fernando III, está entre los elogiados por Fernán Pérez de Guzmán en sus *Loores de claros varones*, obra sobre la que volvemos más adelante y en la que incluye extractos del *Planeta* de Diego de Campos.

⁴⁸ Sobre esta figura, y con referencias a este mismo texto, cf. O. Di Camillo, *op. cit.*, 122-126; cf. también, al mismo respecto, J. N. H. Lawrance, «Humanism...», *op. cit.*, 220-221 y A. Gómez Moreno, *op. cit.*, 140-141.

⁴⁹ M. Schiff, *La biblioteca del Marqués de Santillana*, Paris 1905, 460-464. Schiff reproduce del manuscrito con signatura 2-F-5, depositado entonces en la biblioteca particular del rey Alfonso XIII.

sos onbres de Atenas o de academia e tambien de Rromanos, trayendo a ella grand copia de libros de todo genero de filosofia en estas partes fasta entonçes non conoçidos, (...). Asi que ya por su causa nuestra España rresplandeçe de çençia, tanto que mui bien le podrian dezir los eloquentes onbres de Ytalia, sy en algund graue negoçio le oyeran, lo que Apolonio orador dixo en alabança de Tulio, (...). Pues si Apolonio asi se dolia que de los griegos por yndustria de Tulio la eloquença fuese a los rromanos leuada, quanto mas con rrazon oy los de Ytalia se deuen doler e quexar que por lumbre e ynjenio deste señor a ellos sea quitada e trayda a nuestra Castilla e ya en ella a tanta gloria floresca que notoriamente se conoscan sobrados.»⁵⁰

Viene después, ya sí, el elogio del Marqués como hombre de armas, pero encontramos aquí en una de sus primeras formulaciones en castellano el tópico tan querido para los humanistas según el cual son *ellos* los que han recuperado una sabiduría que proviene de la antigüedad y que ha estado sepultada durante siglos. Exactamente el mismo esquema en el que se quieren ver a sí mismos un Bruni o un Valla, lo aplica Diego de Burgos al Marqués de Santillana⁵¹. Y como se trata, también, de (re)construir ese pasado cultural brillante y glorioso, los antiguos a los que se recurre son, ya lo hemos visto, los que se tienen por hispanos⁵².

⁵⁰ *Op. cit.*, 461-462.

⁵¹ Del mismo modo que Valla o Bruni se veían así mismos como una suerte de Quintilianos o Cicerones redivivos, también otros intelectuales castellanos de la época se postulan como herederos de los antiguos oradores romanos. Es el caso, por ejemplo, de Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos y maestro de Pérez de Guzmán, sobre el que tratamos a continuación. En efecto, en el prólogo a su traducción del primer libro del *De inuentione* ciceroniano (c. 1422), Cartagena, que se concibe a sí mismo como esencialmente jurista, dice: «E quien bien lo quisiere considerar fallará que el ofiçio que entre nos tienen los juristas que llamamos abogados, ése era prinçipal mente el delos rethóricos antiguos; e lo que éstos oy quieren fazer allegando testos e determinaciones, los otros fazian diziendo razones fermosas, cada vno en fauor de su parte» (ms. Escorial T.II.12, f^o 4r). Hay transcripciones modernas, con errores, en Alfonso de Cartagena, *La Rethórica de M. Tullio Cicerón*, Napoli 1969, ed. de Rosalba Mascagna (la obra entera) y en M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-latina clásica*, Santander 1950, II, 307-312 (sólo el prólogo de Cartagena).

⁵² Sobre el tópico de la *laus Hispaniae*, cf. la bibliografía consignada en F. Rico, *op. cit.*, 55 n. 1, a la que habría que añadir el posterior estudio de Helena de Carlos Villamarín, *Las antigüedades de Hispania*, Spoleto 1996, en especial 301-323. Cf. también G. Serés, *op. cit.*, 54 y 57 n. 22.

Aún otra vez más en esta primera mitad del siglo XV castellano, ahora en los *Loores de los claros varones de España* de Fernán Pérez de Guzmán⁵³, encontramos a Quintiliano acompañado por los cordobeses Séneca y Lucano:

De filosofos e auctores
vno fue Seneca ispano,
non desdeñan a Lucano
poetas e istoriadores.
Es entre los oradores
insigne Quintiliano:
España nunca da flores,
mas fruto vtil e sano.
Vaya Virgilio cantando
su *arma virumque cano*,
proceso inutil e vano,
a Eneas magnificando,
al Cesar deificando
con singular elegancia,
la poca e pobre substancia
con verbosidad ornando.⁵⁴

Como bien se ve, Pérez de Guzmán plantea la misma rivalidad entre Italia y España a la que aludía Diego de Burgos, y contrapone la frivolidad

⁵³ También entre las obras de Pérez de Guzmán podemos encontrar la siguiente biografía de Quintiliano: «DE QUINTILIANO, NATURAL DE CALAHORRA, EL QUAL FUE EN EL TIENPO DEL ENPERADOR GALBA.

En el tiempo del enperador Galba, que en el año del Señor de [setenta] años, ffue Quintiliano, natural de España, de la çibdat de Calahorra, e fue muy grande e muy famoso orador, el qual fue el primero que desta arte touo escuela en Rroma e leuo salario del fisco del imperio. Biuió fasta el inperio de Domiçiano, e fue maestro de Plinio. Conpuso muchas escripturas e, entre otras, el libro de las Costituçiones e otro de las Oratorias e otro de las Declamaçiones.» Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, Madrid 1965, ed. de J. Domínguez Bordona, «Capítulos inéditos del “Mar de Historias”», 181.

⁵⁴ *Loores de los claros varones de España*, 46, en *Cancionero castellano del siglo XV*, Madrid 1912, ed. R. Foulché Delbosc, I, 711b. Cf. sobre este mismo texto A. Bühler, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVIII*, Madrid 1983, 145 y 168-173; J. N. H. Lawrance, «Humanism...», *op. cit.*, 227-228; E. del Río Sanz, *La influencia del teatro de Séneca en la literatura española*, Logroño 1995, 255-257.

italiana con la seriedad y el carácter moral de las obras españolas, idealmente encarnados a la perfección por Séneca y a cuya apócrifa correspondencia con San Pablo se alude como argumento de autoridad algo más abajo⁵⁵:

Mas acuerdome que leo
 en el tratado presente,
 Seneca Lucio Anneo
 de vida muy continente,
 entre la muy santa gente
 dixo el non lo pusiera,
 si las letras non leyera
 del a Paulo, estando absente⁵⁶.

En una línea argumentativa similar vuelve el nombre de Quintiliano a los versos de Pérez de Guzmán. En efecto, en sus *Coblas fechas de vicios e virtudes*⁵⁷, hay dos (127-128) dedicadas a «Cómo non esta el seso en mucho fablar nin haun en mucho callar». En ellas, como puede verse a continuación, Quintiliano pasa a ser paradigma del exceso de retórica que ha de ser evitada en el discurso del cristiano y se vuelve a traer a colación el ejemplo negativo de Virgilio:

Si el seso estouiesse en mucho fablar,
 los tordos serian discretos llamados;
 nin haun esta digo en bien razonar,
 que muchos liuianos vi bien razonados;
 pues a los que plaze el seso fallar
 non curen de flores nin versos ornados,

⁵⁵ Sobre este carteo apócrifo, cf. L. Bocciolini Palagi, *Il carteggio apocrifo di Seneca e San Paolo*, Firenze 1978; más antiguo, A. Fleury, *Saint Paul et Sénèque. Recherches sur les rapports du philosophe avec l'Apôtre, et sur l'infiltration du Christianisme naissant à travers le paganisme*, Paris 1853, I.

⁵⁶ *Loores de los claros varones de España*, 51, en *Cancionero castellano del siglo XV*, ed. cit., 712a. Cf. sobre esta obra M. de Menaca, «Passé national et project politique dans les *Loores de los claros varones de España* de Fernán Pérez de Guzmán», *Textes et Langages* 4 (1983) 111-161.

⁵⁷ *Cancionero castellano del siglo XV*, ed. cit., 575-626. Se trata de 463 coplas o grupos de coplas en metros diversos en las que Pérez de Guzmán va proporcionando enseñanzas morales de todo tipo.

miren a las obras, dexen el chirlar
 a los papagayos del Nilo criados.
 Non dixo el apostol: «Sed bien fabladores,
 seguid la rethorica de Quintiliano»;
 mas dixo «*Cautissimi stote factores,
 non imitatores*», que es acto liuiano:
 mejor es ser catho que virgiliano;
 la vida del vno nos edifico,
 mas es delectable que fructifico
 el fermoso estilo del grant mantuano.⁵⁸

La rivalidad entre España e Italia aparece unas cuantas veces más en la obra de Pérez de Guzmán, y para dar rienda suelta a la afirmación de la superioridad hispana no tiene mayor reparo en mezclar los tiempos pasados con el presente tanto de España —o lo que se concibe como tal— como de Italia⁵⁹. Del mismo modo, también se repite el elogio de los sabios cordobeses, entre los que vuelve a enumerarse a Averroes, pero no a Quintiliano ni mucho menos a Aristóteles⁶⁰, y ni siquiera a Pompeyo Trogo, cuya hispanidad sí que se afirmaba unas coplas antes⁶¹.

⁵⁸ *Ed. cit.*, 589b.

⁵⁹ Así, en los mismos *Loores*, copla 59 (*ed. cit.*, 713a): «Yo seria muy culpado / si a Roma le negase / que en extremo no abundase / de nobles su principado; / pero sera su senado / ingrato a tantos honores / si me niega, los mejores, / de España averlos tomado.» O en los *Proverbios* con los que Foulché-Delbosc cierra el volumen de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles que venimos citando: «Roma, que fue toda sola / cabeza del vniuerso, / oy por infortunio aduerso / es fecha del mundo cola.» (*Ibid.*, 757a)

⁶⁰ *Loores de los claros varones de España*, 285-286 (*Cancionero español del siglo XV*, *ed. cit.*, 738b): «Non solo entre las muy buenas / cibdades es de contar / Cordoua, mas otra Athenas / es bien digna de llamar, / si de Seneca membrar / nos delecta e de Lucano, / e de Aven Ruyz pagano / nos plaze su comentar. // Si del sabio egipciano / Rabi Moysen quel More / escribio contra el Bore / se recuerda el reyno ispano, / bien veras que non en vano / otra Athenas llame / a Cordoua e me funde / sobre cimientto muy llano.» Es por supuesto significativo que justo dos coplas antes (*ibid.* 283, 738a-b) Pérez de Guzmán cite a Lucas de Tuy y Juan Gil de Zamora, que según vimos son las fuentes que llevan hasta Mena el nacimiento cordobés de Aristóteles: «Saluo los santos, non touo / Toledo mejor perlado, / nin España jamas ouo / coronista mas loado. / Su estilo han remedado / don Lucas e fray Juan Gil, / non tal dulce nin sotil / avnque asaz han bien hablado.»

⁶¹ *Ibid.*, 69 (*ed. cit.*, 714a): «De España fue natural / e fijo Trogo Pompeo, / que escribio, segun leo, / la istoria oriental. / Avnque gran istorial, / yo le reprehendo e acuso, / porque en sus obras non puso / la su patria occidental.»

Sea como fuere, también en el caso de este autor podemos encontrar, con el recurso a otras obras, la formulación explícita de ideas que en Castilla se van abriendo paso muy tímidamente pero que en la Italia contemporánea se presentan con toda su fuerza en los debates intelectuales de la época. Así, en el prólogo que Pérez de Guzmán antepone a sus *Generaciones y semblanzas*, se puede oír la voz retórica de la historiografía humanista, sobre la que tanto se ha escrito⁶². En efecto, entre las características que la prosa historiográfica ha de tener, Pérez de Guzmán enumera en primer lugar la necesidad de que se componga conforme al marco formal que propone la retórica clásica:

«E a mi ver para las estorias se fazer bien e derechamente son neçesarias tres cosas: La primera, que el estoriador sea discreto e sabio, e aya buena retórica para poner la estoria en feroso e alto estilo, porque la buena forma onrra e guarneçe la materia.»⁶³

El entusiasmo por la retórica de un Pérez de Guzmán que condena lo que él considera florituras estilísticas de Virgilio es sin embargo, según hemos visto, cuando menos poco constante⁶⁴.

En todos estos elogios encendidos de la patria propia, que como hemos visto llegan a hacer de Aristóteles y Quintiliano sendos cordobeses, se puede ver, a nuestro juicio, algo más que una versión española de ese sentimiento universal que ha dado en denominarse con el término italiano de campanilismo. En efecto, tal y como apuntábamos, de lo que se trata es de crear un pasado prestigioso, y eso se consigue con actitudes que van de la selección interesada a la exageración consciente e incluso a la conjetura difícilmente convincente, como la que hacía cordobés a Quintiliano. No es irrelevante, sin

⁶² Cf. el pionero y citadísimo estudio de H. H. Gray, «Renaissance Humanism: the Pursuit of Eloquence», *Journal of the History of Ideas* 24 (1963) 497-514; N. S. Struever, *The Language of History in the Renaissance*, Princeton 1970. De estos estudios aflora una concepción de la historiografía vigente en el humanismo que propone una nueva visión de los conceptos de *decorum* y verosimilitud y su relación con la revalorizada retórica, con las que podrían relacionarse en cierta medida las afirmaciones de Pérez de Guzmán, a pesar de la raigambre genuinamente medieval de la obra de Pérez de Guzmán (*vid. infra*).

⁶³ F. Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, Madrid 1998, ed. J. A. Barrio Sánchez, 63.

⁶⁴ Cf., además, F. López Estrada, «La retórica en las *Generaciones y Semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán», *Revista de Filología Española* 30 (1946) 310-352, donde se demuestra, con el recurso al preceptista Matthieu de Vendôme, cómo la retórica de las *Generaciones y semblanzas* es de cuño eminentemente medieval.

embargo, en qué elementos se cimenta la construcción de ese pasado glorioso: el querer hacer propios a Quintiliano o a Aristóteles muestra al menos cierta permeabilidad a la nueva valoración de la retórica y de los *studia humanitatis* en general, se percibiera como se percibiera por parte de Mena el significado de este fenómeno cultural⁶⁵. Y es que, como bien ha dicho J. N. H. Lawrance:

«el orgullo y la seguridad en la tradición nacional marcaría el destino del humanismo en la península ibérica.»⁶⁶

5. Lorenzo Valla, Pomponio Leto y algunas paradojas

Salvando las distancias, en un momento casi simultáneo a aquel en el que Mena hace cordobés a Quintiliano, podemos encontrar otra readscripción de patria del rétor calagurritano, que esta vez no sería cordobés, sino romano. No hace falta aclarar a estas alturas que el responsable de la romanidad de Quintiliano es, por supuesto, otro romano. O mejor dicho, dos; uno de nacimiento y otro de convencida y hasta fanática adopción: se trata de Lorenzo Valla (Roma, 1407-Roma, 1457) y de su discípulo Pomponio Leto (Diano, 1428-Roma, 1497).

En efecto, la biografía de Quintiliano⁶⁷ que se antepuso al texto de la *Institutio* en su *editio princeps* (1470), readactada por Pomponio Leto⁶⁸ y que luego se reproduciría en decenas de ediciones posteriores hasta el siglo XVIII, comienza con la frase «*Quintilianus, ut mea fert opinio, Romae natus est.*», para luego

⁶⁵ Ni Rico (*op. cit.*, 88) ni Di Camillo (*op. cit.*, 118 y 120-121) son muy generosos con respecto al grado de «humanismo», por así decir, que se le puede conceder a Mena: ambos consideran que el poeta cordobés no llegó a apreciar la trascendencia del cambio que el humanismo implicaba. Para el desarrollo más amplio de esta cuestión, cf. M.^a R. Lida de Malkiel, *op. cit.*, 527-549.

⁶⁶ J. N. H. Lawrance, «Humanism...», *op. cit.*, 220.

⁶⁷ Sobre esta cuestión se ocupó Emilio del Río, en un trabajo presentado en el II Congreso sobre Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico (Alcañiz, 1995) pero todavía inédito; cf. también J. Fernández López, *Retórica, humanismo y filología: Quintiliano y Lorenzo Valla*, Logroño 1999, 129-134.

⁶⁸ Hay versión autógrafa en Vaticanus Latinus 3378, que difiere ligeramente de las varias impresas. Como caso más significativo, en el autógrafa Leto ha insertado con posterioridad a esta frase y ante objeciones que seguramente tuvo que escuchar, la aclaración «*Nam cum hispanos prouinciales suos dicat, de genere atque familia intelligit.*»

restar credibilidad a la afirmación de Jerónimo según la cual Quintiliano fue llevado a Roma por el todavía no emperador Galba en el año 68 d. C.:

«*Verissima coniectura adducor, ut fidem libris Temporum non habeam, ubi legitur Quintilianus Calagura urbe Hispaniae oriundus.*»

La idea que Leto despacha con estas dos frases proviene, sin ninguna duda, de su maestro Lorenzo Valla, que en varias glosas marginales precisamente a la *Institutio oratoria* de ese Quintiliano al que tanto admiraba⁶⁹, se ocupa del asunto. Así, en glosa a *Inst.* 5, 7, 7⁷⁰, ante la mención de Domicio Afro, maestro del autor, y la alusión por parte de Quintiliano a haber sido educado en Roma, anota Valla:

«*Ex hoc loco et aliis pluribus datur intelligi Quintilianum non ex Hispania uenisse ductum a Galba ut Hieronymus ait ad legendam rhetoricam. Nam Romanus fuit ut etiam Martialis qui se Hispanum una cum Lucano et utroque Seneca fatetur ad hunc scribit: «Quintiliane, uage moderator summe iuente, / Gloria Romane, Quintiliane, toge...» Nescio an patrem pro filio Hieronymus acceperit nam tres ut posterius dicam inuenio, qui et ipse etiam si ex Hispania uenit, tamen Romanus et quidem nobilis fuit.»⁷¹*

⁶⁹ De que Lorenzo Valla admiraba a Quintiliano en grado sumo, hasta el punto de concederle primacía sobre Cicerón en su juvenil y perdida *Comparatio Ciceronis Quintilianique*, dan fe varios pasajes de sus obras así como distintos estudiosos modernos (cf. S. I. Camporeale, *Lorenzo Valla. Umanesimo e Teologia*, Firenze 1972, 33-146).

⁷⁰ «*Sufficiebant alioqui libri duo a Domitio Afro in hanc rem compositi, quem adulescentulus senem colui, ut non lecta mihi tantum ea, sed pleraque ex ipso sint cognita.*»

⁷¹ Parisinus Latinus 7723, f° 54r. Un poco más adelante, en glosa a 10, 1, 126 (f° 120v) —el «posterius» al que alude al final del texto anterior—, Valla llega incluso a anticipar la conjetura que aún hoy podemos leer en el artículo de Schwabe en el Pauly-Wissowa sobre el Quintiliano autor de la *Institutio* (RE VI.2, col. 1847 sqq.), a saber, que probablemente hubo dos o hasta tres Quintilianos en Roma dedicados a la oratoria. La glosa de Valla dice: «*F. Petarcha et alii non pauci licet minuti sentiunt Quintilianum hunc esse illum de quo Seneca decimo Declamationum libro ait: '(...)' Quasi fieri possit ut uterque de altero iam mortuo scripserit. Siquidem hi qui nominantur ab auctore, ut ipse testatur, defuncti erant, ergo Seneca de alio Quintiliano locutus est, uel non propinquo huic uel propinquo, et forte etiam patre patruoue, aut potius auo. Quod adeo uerum est ut Cornelius Tacitus qui pene equalis huic nostro fuit scribat eodem die quo Seneca interfectus est Quintilianum qui esset senator cum Lucano et eodem mortis genere extinctum, qui si fuit ut opinor superioris filius, nostri autem pater patruusue, Hieronymus uiderit qui hunc reuocat Calagorram quasi illinc oriundum et illic ortum.*»

Como puede verse, el proceso conjetural —la «verissima coniectura» que esgrime Leto— mediante el que Valla atribuye origen romano a Quintiliano es paralelo al que utiliza Mena para hacerle cordobés: se trata de una cuestión de probabilidad, de lo que se considera más verosímil, y de pasar por alto una fuente en principio digna de crédito. Es cierto que posiblemente Valla estaba firmemente convencido de su opinión, mientras que Mena tanto o más posiblemente era consciente de la cuestionabilidad de su afirmación. Lo que tienen en común ambas posturas es su intención evidentemente persuasiva, su valor de argumento retórico dentro de la construcción de una causa más amplia: la del trazado de un árbol genealógico cultural cuyas ramas se seleccionan cuidadosamente. Para Valla y el imperialismo lingüístico que defiende en los célebres prólogos de sus *Elegantiae*⁷² supone un excelente apoyo que Quintiliano sea romano; para la titubeante constitución de una tradición cultural hispana que quiere presentarse como equiparable con la italiana, no puede dejarse de traer a colación la hispanidad de Quintiliano. En ese sentido, aunque con habilidad desigual, Mena y Valla luchan en la misma batalla por el prestigio de la propia genealogía cultural y lo hacen con las mismas armas: las de la retórica y la persuasión basada en la idea de lo verosímil. La guerra, sin embargo, es otra: Valla está construyendo el humanismo crítico y filológico, Mena simplemente colorea su obra con unos tonos cuya trascendencia se le escapa.

Y en efecto, el paralelo no puede ir mucho más allá: porque no se trata, por supuesto, de equiparar la labor de Lorenzo Valla o incluso la de una figura de menor talla en el humanismo italiano como Pomponio Leto con la de Juan de Mena, aunque sí de advertir que algo de esa nueva tendencia cultural, que entre otras muchas cosas cifraba el prestigio de la patria en haber dado a luz a talentos en el mundo de las letras, había penetrado en la Castilla de mediados del XV. De manera relativamente excepcional y a través de manifestaciones que, como esta, pueden considerarse inmaduras y acaso superficiales, pero sin las cuales no se habrían podido dar los pasos siguien-

⁷² Transcripción del texto de la edición de Basilea (1540) y traducción al italiano de estos prólogos en E. Garin (ed.), *Prosatori Latini del Quattrocento*, Torino 1977 (= Milano-Napoli 1952), V, 594-631. Edición crítica reciente del primero de estos prólogos, con valiosísima introducción general, en M. Regoliosi, *Nel cantiere del Valla. Elaborazione e montaggio delle «Elegantiae»*, Roma 1993, Bulzoni. El lector español tiene ahora a su disposición una edición bilingüe de esta obra de Valla a cargo de S. López Moreda (L. Valla, *De linguae latinae elegantia*, Cáceres 1999).

tes que conducen a la difusión, si no al asentamiento, de las ideas humanísticas. Añadamos además que a pesar de que la argumentación de Mena tenga puntos de contacto con la que hemos visto de Valla, no se puede dejar de considerar otra filiación. En efecto, Rico⁷³ recoge varios pasajes del *De preconiis* de Juan Gil de Zamora (siglo XIII) que, basado en un Lucas de Tuy al que amplía por su cuenta, argumenta que si Avicena y Averroes fueron de Córdoba, Aristóteles también fue español. Así, aunque la reivindicación nacional de Mena coincide con la de Valla, no se le puede negar tampoco su lugar en esa línea que arranca del Tudense, como deja patente Rico en el estudio citado⁷⁴.

Antes de terminar, señalemos aún otro paralelo entre manifestaciones culturales del XV castellano que podrían parecer poco «ilustradas» y algún contemporáneo italiano. J. N. H. Lawrance⁷⁵ y R. B. Tate⁷⁶ resaltan la figura de Rodrigo Sánchez de Arévalo como ejemplo extremo de afirmación de la superioridad cultural hispana frente a Italia. Lawrance pone de relieve lo paradójico de la reacción de Sánchez de Arévalo: es un resultado del impacto del humanismo italiano en la Castilla de la época, y en buena medida es posible porque este obispo de Palencia hacía suyos unos cuantos presupuestos y actitudes de los humanistas italianos del momento. Un poco más adelante, el propio Lawrance⁷⁷ trae a colación la figura de Giovanni Nanni, el famoso falsario conocido también por el nombre de Annio de Viterbo, al que considera sucesor de Sánchez de Arévalo en cuanto a españolismo exacerbado, ya que en las páginas de los supuestos Berosos y Manetones inventa una fabulosa genealogía de la Hispania más antigua que, en una obra dedicada a los Reyes Católicos, no es de extrañar que aventaje en nobleza a los más ilustres ancestros italianos. Pues bien, el estudioso norteamericano A. Grafton⁷⁸ ha señalado cómo en este curioso personaje se da una paradoja similar: a

⁷³ *Op. cit.*, 64-83.

⁷⁴ *Op. cit.*, 84-88.

⁷⁵ *Humanism...*, *op. cit.*, 229.

⁷⁶ *Op. cit.*, 74-122.

⁷⁷ *Humanism...*, *op. cit.*, 231.

⁷⁸ A. Grafton, «Traditions of Invention and Inventions of Tradition in Renaissance Italy: Anniius of Viterbo», en *Id.*, *Defenders of the Text. The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800*, Cambridge (Mass.) - London 1991, 76-103 (notas en 269-276). El valor metodológico que requería el proceso de falsificación ya fue puesto de relieve por este mismo estudioso en A. Grafton, «Renaissance Readers and Ancient Texts: Comments on some Commentaries», *Renaissance Quarterly* 38 (1985) 615-649 (623-624).

pesar de que sus falsificaciones vayan en contra del espíritu crítico de un Valla o de un Poliziano —por citar a un contemporáneo suyo—, es precisamente el establecimiento de una serie de principios metodológicos lo que posibilita las invenciones de Nanni.

Es decir, que los cambios más o menos extendidos de mentalidad y de actitud hacia diversos objetos culturales que agrupamos bajo el nombre de «Renacimiento» y que relacionamos directamente con ese movimiento educativo que denominamos «humanismo» se nos presentan en una realidad compleja y de múltiples facetas. Es en este contexto en el que Valla demuestra la falsedad de la supuesta donación de Constantino o en el que Poliziano anticipa el desarrollo de ciertos aspectos de la filología y de la crítica textual. Pero es también el medio en el que los mismos principios y cambios que posibilitan estos «avances» permiten las falsificaciones de Nanni, el hispanocentrismo de Sánchez de Arévalo, la cruzada lingüística de Valla o la cordobesización de Quintiliano por parte de Mena, quien, aunque, según dijimos, probablemente no comprendía el alcance del cambio cultural que se estaba produciendo, contribuyó a ese mismo cambio adoptando y difundiendo varias de sus manifestaciones, y entre ellas la de un orgullo por la propia genealogía cultural que impulsa a quien lo asume a realizar afirmaciones sobre cuya veracidad alberga todo tipo de reservas pero a las que atribuye un evidente valor persuasivo.